



El pragmatismo de Fujimori tuvo también la cara del asistencialismo: antiguos días de vino y rosas.
(Foto: Ernesto Jiménez, 30/12/1990)

El pragmático Fujimori

JONATHAN DIEZ

Suele asociarse el pragmatismo con el fujimorismo, una dictadura cleptocrática y violadora de los derechos humanos. Sin embargo, el pragmatismo es una doctrina que va más allá de tan nefasta década cuya manera de entender y de actuar en política consistía en construir grandes obras públicas, generalmente con mucha corrupción.

Las personas pragmáticas por excelencia son los políticos. Su vida se acostumbra medir por resultados y metas alcanzadas. A los políticos que profesan el pragmatismo ligero y ven en él una manera de meter mano al bolsillo del Estado, no les importan los procesos ni los medios legales.

Sucede que algunos políticos olvidan que esas grandes obras carecen de sentido si no se sostienen en la transparencia de la gestión. ¿Luis Castañeda puede sentirse bien consigo mismo si lo que construyó genera más de una denuncia?

DE AGUIJONES E IMÁGENES

La ciudadanía ha tolerado esta manera de hacer política: si el Estado está corroído, al menos que se reivindicque con la construcción de escuelas, aunque luego se desplomen, o de postas o edificios públicos. Esa es la imagen que tenemos los jóvenes del Estado: una gran corruptela. Desde muy pequeño, mis padres me dijeron que no había nada peor que trabajar para el gobierno, que lo mejor que podía hacer era terminar la universidad (de preferencia privada) e irme del país. ¿Acaso allí, en nuestros profundos recuerdos adolescentes, radica nuestra particular imagen del Estado?

Elías Canetti afirma que “una orden es como un aguijón que queda clavado, intacto, en lo más hondo del ser de quien lo recibe”. Y esas órdenes de nuestros padres, profesores, de los medios de comunicación, son recibidas desde que somos muy niños y se proyectan en imágenes que echan raíces y que son muy difíciles de arrancar sin desgarrarnos.

Recuerdo el primer vladivideo. Mi padre se había retirado de la Marina tres años antes. Era septiembre del 2000 y yo tenía diez años. Montesinos corrompía con quince mil dólares al entonces congresista Alberto Kouri. ¿Los jóvenes de mi generación podemos olvidar semejante imagen que terminó con una década de abusos y corrupción? Siguiendo a Canetti, Daniel Prieto, filósofo argentino y experto en comunicaciones, reflexiona: “Y como nadie es sino su historia, y como la propia identidad se conforma por lo que vamos viviendo, y como nadie salta graciosamente por encima de su pasado, terminamos siendo también nuestros propios aguijones”. En los jóvenes está incrustado el aguijón del fujimorismo. ¿Es su inmoral pragmatismo (aquel que cerró el Congreso, asesinó y compró medios de comunicación) el que más ha calado en mi generación? ¿Fue el fujimorismo el que nos hizo pragmáticos, condescendientes con el abuso y la trampa siempre y cuando se haga obra?

Y en este mar de imágenes negativas acerca del Estado, los jóvenes vivimos en un mundo que no deja de cambiar. En Twitter (plataforma que tiene más de quinientos millones de usuarios alrededor del mundo), las noticias duran veinte segundos. Ahora no necesitamos libros



Fujimori metía goles y después acabó con el arco lleno de pelotas. El espíritu pragmático no siempre es eficiente ni resulta vencedor.

para leer: basta un ipad o un kindle. Basta navegar diez minutos, tener una tarjeta de crédito y el libro está en la pantalla. Ni qué decir del Facebook. Mientras menos barreras espaciales y temporales existan, más conectados y ubicuos somos.

Mi generación está marcada por la velocidad y la fugacidad: tenemos acceso a nuevas tecnologías que nos permiten estar cerca de la información, del mercado, del consumo, de lo que pasa al otro lado del mundo. Tenemos mayores facilidades para buscar y encontrar lo primero que pasa por nuestras mentes. Somos más libres en la medida en que tenemos mayores posibilidades de elección. Una especie de "pragmatismo" que nos permite estar cerca de todo, sea desde la cama o el sillón. Si quiero ir a un concierto, compro la entrada

por internet. Si deseo llamar a mi hermana a Italia, me conecto a skype. Mi smartphone me permite estar conectado a más personas y lugares: no necesito ir a ellos porque los tengo en el bolsillo. ¿Es esta tecnología una versión más del pragmatismo?

El "pragmatismo" que se le exige a la clase política es consecuencia, al menos entre los jóvenes, de nuestra propia época y de las imágenes negativas que tenemos de la figura del Estado. Rolando Calle, experto en nuevas tecnologías, afirma que "los jóvenes viven en un mundo de continuo cambio. Nada es permanente para ellos. Les interesa el hoy y hasta el mediodía de mañana. Tienen un sentido del cambio y de que las cosas cambian a una velocidad increíble" (*Quehacer* 163). Ese temperamento quizá acerque a los jóvenes

a líderes sin el peso de las ideologías, considerados pragmáticos, eficientes y rápidos como Fujimori, Castañeda y PPK. El hartazgo con el aparato estatal y la ansiedad de ver objetivos cumplidos en el corto plazo genera que cualquier decisión política se justifique.

OSCURO PRAGMATISMO

La ciudadanía espera con ansias el “pragmatismo” del actual gobierno. El peligro es el siguiente: ¿por ese pragmatismo se puede justificar un resultado político si el proceso de ejecución no está regido por valores y principios legales?

Un verdadero desempeño pragmático debe estar sujeto a valores que no descalifiquen una obra por su ejecución. Si todo es reducido a la efectividad, la política peruana, una vez más, puede convertirse en un conjunto de malas decisiones.

La informalidad, la desinstitucionalización y la corrupción van de la mano con ese pragmatismo que, en vez de solucionar problemas, los profundiza.

Luego de que el actual premier Óscar Valdés declarara que los primeros cinco años del fujimorismo le parecieron positivos porque hubo “pragmatismo”, las sombras de la dictadura de la década de 1990 asomaron nuevamente. El ex ministro del Interior declaró: “Yo muero con el uniforme. Si abro mi camisa, tengo la camiseta verde del Ejército, como Superman” (*El Comercio*, 21/8/2011).

El pragmatismo puede servir para resolver cuestiones de corto plazo, pero si no mantiene una línea democrática de largo plazo roza con el autoritarismo. Los

límites del pragmatismo son la democracia, el Estado de derecho, el equilibrio de poderes, el respeto de los derechos humanos y la libertad de expresión.

La gran prueba para el premier Valdés es la viabilidad del proyecto Conga. Los peritajes internacionales son importantes porque reflejan los procesos necesarios para tomar una decisión política correcta. Pero de nada valen estos estudios si el Premier, por el pragmatismo que profesa, decide que Conga va pese a los daños sociales y ambientales que generaría la millonaria inversión.

Como se pregunta Gustavo Gorriti: “¿De cuándo aquí el pragmatismo es sinónimo de amoralidad política?” (*Caretas* 2214). Lo es desde que Fujimori (discípulo lejano de Leguía y Odría) llegó a los pueblos rurales más profundos llevando agua, luz, carreteras y alimentos, haciendo obras públicas con el lema “obras y no palabras”, mientras en Lima Vladimiro Montesinos se reunía en la salita del SIN a repartir dinero y comprar conciencias. ¿No es acaso el clientelismo la forma más clara de ser pragmático para conseguir grandes bolsones de votos? Este pragmatismo estuvo a un paso de poner a Keiko Fujimori en Palacio. La razón: las obras impactan. Además de durar, queda siempre el recuerdo de quién fue el político que hizo el primer colegio o la primera posta. Todos los peruanos merecemos que el Estado nos brinde las mínimas condiciones para una vida digna, pero no con mentiras, robos y corrupción. Ninguna actividad política se justifica con el falso pragmatismo de “roba, pero hace obra”. ¿Será ese el legado de la familia Fujimori a nuestra generación? ■